

Amar de noche

Yubely Vahos

Historiadora, escritora, docente, yubely.vahos@gmail.com

Con una mano, la noche desnuda a los amantes; con la otra, los oculta. Suena a obviedad, lo sé: ya lo han dicho —miles de veces, más dulcemente— Carlos Gardel, Armando Manzanero, o Rubén Darío. También las telenovelas nos han narrado con más o menos gracia y fuerza los caminos nocturnos que conducen al lecho.

Pero en la Medellín de la segunda mitad del siglo XX, ese lugar común habitó periódicos como *Sucesos Sensacionales*: un diario de crónicas rojas que en lo relativo al amor le deja al lector la sensación de que Cupido se dedicó a la manufactura de cuchillos y le entregó uno a cada enamorada para que le destrozara las vísceras al objeto de su deseo.

Morir o matar era la primera condición para que una mujer sin heráldica apareciera en letras de molde; la segunda era rondar la imaginación de un escritor. Los escritores de la ciudad que cultivaron su oficio antes de la hojarasca del narcotráfico hicieron un raro eco de esa idea roja, burdelería y desmesurada sobre la noche. Como legado, ellos nos dejaron ficciones basadas en sus correrías noctámbulas, en las que las prostitutas, tornadas en amigas cómplices, amantes aguerridas, o mujeres que empuñaron con ese oficio la herida de intentar desatarse las bridas morales de un pueblo chico, desfilan con el color de su maquillaje y los matices de sus cuerpos. Entretanto, las mujeres ordinarias solían ser narradas como pieles cautivas en sus casas, recluidas en su rutina, y nimbadas por la melancolía.

Pero aquellas muchachas sabían de la noche mucho más que la tensión de la carne bajo el cuchillo, el calor de la sangre, el miedo ante el cadáver o la tentación de la soga que apretaba el cuello; ellas conocían de las calles nocturnas

mucho más que el recorte de oscuridad que decoraba sus ventanas, la imagen de la Virgen, el desasosiego de un deseo sin nombre que se revolvía en sus sueños impuros. Algunas de ellas, junto a sus amores, caminaron bajo las lámparas, los avisos de neón y la oscuridad de la ciudad.

Las mujeres no siempre se encerraron detrás de las puertas cuando caía la noche. Muchas se apropiaron de los bares, los cines o los moteles.

Ciertamente, los relatos de sus amores no están a la orden del día, ni en la literatura, ni en la historiografía, ni en los archivos, si todo terminó sin grandes dolores o consecuencias. En cambio, vestigios de sus hogueras han llegado hasta nosotros cuando aquellos amores culminaron en las fórmulas de un proceso judicial por estupro y sus sueños y promesas devinieron testimonios incriminatorios, que se conservan en el Archivo Judicial de Medellín. Digamos sin ambages que las tramas amorosas de mediados del siglo pasado que nos es dado conocer son historias cuyos finales trancos las han tornado en algo digno de ser escrito por las autoridades judiciales de entonces. Sin embargo, dejémonos conducir por algunas mujeres hasta el principio de aquellas noches que más tarde recordarían tras el color de la amargura, y conozcamos de boca de sus protagonistas y de la de ciertos observadores, algunos itinerarios nocturnos del deseo.

Para encontrar a dos amantes inmersos en los tremedales del amor —y el desamor— fue preciso que ellos se conocieran. El peso de la tradición y del cristianismo moldearon en los hombres el arrojito de Don Juan para que dieran el primer paso: cortejar a la mujer, y en las muchachas de Medellín la languidez de Rapunzel para que esperaran y asintieran.

Mariano Cadavid empezó a cortejar a Maruja García tras haberla conocido en el Circo España, donde laboraba como taquillera junto a su amiga Alicia Sánchez. Él la invitó a comer inmediatamente, pero ella, bien instruida en el arte de hacerse rogar, se negó. Cadavid apeló a la persistencia del seductor y empezó a llamar al circo cada noche, a saludarla, a interesarse por el transcurso de su día, a introducirse en sus rutinas, a invitarla a salir hasta que aceptó.

María Irene López García compartía con la mujer ya citada la condición de mujer trabajadora y, en consecuencia, la posibilidad de entrar en contacto con hombres que difícilmente habrían estado a su alcance bajo la mirada atenta de su familia. Irene laboraba como empleada doméstica y en los itinerarios relacionados con tal actividad conoció a Agustín Rúa Vélez, con quien conversó en varias ocasiones, de quien recibió elogios y, finalmente una propuesta de noviazgo que ella consintió y reafirmó con la aceptación de una invitación.

Ahora podemos imaginar a estas mujeres llenas de expectativa de cara a la cita que tendría lugar una noche de 1943 en el caso de la taquillera del Circo España, y en 1956 en el caso de Irene. No nos pondremos en los zapatos del inquisidor para interpe-larlas con las preguntas y enjuiciamientos que debieron encarar en el desarrollo de los procesos por presunto estupro. Pero sí decantaremos de su dolor de mujeres burladas, las imágenes de sus citas nocturnas.

La invitación que recibió Maruja se hizo extensiva a Alicia, porque irían dos hombres; pero ella se negó y Maruja acudió acompañada de otra amiga: Margarita. Juntas pasearon con Cadavid y Osorio (su jefe en el circo) por el Oriente antioqueño en el auto del primero. Pasear en un auto era un plan tentador en aquellos días: quien lo poseía comunicaba un aura de poder masculino, e ingresar en uno de esos era, para muchas muchachas, una manera extraña de acercarse a un universo distinto del suyo. Además, nuestro cortejador encontró otra estrategia para exhibirse como poseedor de esa forma de poder que es el dinero: en el parque de Rionegro les regaló un vestido a cada una y en el viaje de vuelta a Medellín las “agasajó” con ginebra.

Si nos atenemos a los recuerdos que Maruja debió entresacar de su memoria para responder a las preguntas de los jueces, ese recorrido a la

ciudad se realizó antes de que se ocultara el sol. Pero el vehículo de Cadavid no buscó la ruta que conducía a las casas de las muchachas. Para estos enfiestados el paseo aún no había terminado, aunque la ciudad los recibiera al caer la noche.

Todos fueron a la oficina de Cadavid, donde ambas mujeres estrenaron los vestidos que acababan de recibir, y se retocaron. Momentos más tarde, volvieron a hacerse a la carretera en el carro de Cadavid, y llegaron a Boquerón. Un par de horas más tarde regresaron al circo, para que Maruja y Correa laboraran.

Irene, en su calidad de novia acudió a una cita que parecía responder al itinerario habitual de muchas parejas de mitad de siglo en Medellín. Rúa llegó a buscarla hasta su casa y la llevó a cine en el teatro Victoria. Una vez terminada la función, le anunció que tomarían un vehículo y que él la acompañaría a su casa. Sin embargo, de acuerdo con Irene, el auto no tomó ninguno de los rumbos que desembocaban en la pensión donde ella vivía con su abuelita. Se encaminó por otra carretera que se bifurcaba en las partidas de Moravia, tomó el camino del manicomio y los dejó en Las Camelias.

En su declaración, Irene afirmó no haber caído en la cuenta de que su novio la había llevado a “tomar fresco” a una zona de prostitución de la ciudad. Es probable que en verdad desconociera ese espacio, pero es prudente pensar cuan perjudicial había resultado para su argumentación de víctima de estupro que los peritos y el juez descubrieran en ella algún trazo de mujer sin inocencia, teniendo en cuenta que, para ser dignos de auxilio judicial, los cuerpos de las mujeres debían haber estado confiscados en sus casas, ajenos al conocimiento del placer y sus lugares.

Una vez sentados en el establecimiento, un temor curioso y ansioso se adueñó de Irene. Aquel novio que recordaba silencioso le decía con autoridad que no la iba a llevar a su casa, porque ya no le haría falta volver. Luego, ese muchacho más bien tímido la besaba, le tomaba los hombros y prometía que estaría de vuelta a la mañana siguiente. Irene no sabía qué pensar, y evitaba hacerlo mientras su hasta ahora abstemio novio empezaba a beber con ardor. Ella se embotaba con el ruido, sorbía su gaseosa y lo registraba todo con azoramiento infantil, agazapada en la silla y confiando en su novio.



Karen Lamassonne @karenlamassonne
Los Alférez real - 1989 acrílico sobre papel - 74 x 210 cm

Finalmente, había llegado la segunda salida para Maruja. Esta vez acudió acompañada de Alicia y junto a Cadavid y Correa fueron a comer al Hotel Saboy, desde donde Cadavid las llevó al circo, no sin antes obsequiarle un peso a Alicia y cinco a Maruja. Inadvertidamente, los encuentros se hicieron más frecuentes: En ellos Maruja recibió más regalos y fue rodeada con diversas promesas. Sin embargo, con el correr de las noches aquellos paseos se tornaron menos anodinos, según Ramón Correa. El clan fiestero fue a cantinas de Primavera (en el municipio de Caldas), a los bares del Barrio Antioquia y al Retiro, aprovechando la libertad que les daba el vehículo de Cadavid para extender sus noches más allá de la ciudad.

De acuerdo con el mismo Correa, el alcohol aligeraba la lengua de Maruja, pero también su corpiño y el peso de sus faldas. Entrada la noche, cantaba a voz en cuello canciones obscenas y lanzaba expresiones como esta: “Tengo una chimba que no me cabe entre las piernas”. A Correa no le sorprendía en extremo esa “metamorfosis”, pues desde su óptica la pureza de esta mujer había empezado a mancharse en su previa labor como mesera en varios establecimientos. En los registros del proceso, él afirmó que su intuición, según la cual la inocencia y la virginidad habían abandonado a Maruja, se afincaba en los cuidados que le prodigaba Alicia para evitar algún contacto íntimo entre ella y un hombre.

Es posible que los gestos de Maruja tentaran a Cadavid o que ella encontrara difícil resistirse a los encantos de aquel, realzados por sus regalos, sus invitaciones materializadas y prometidas. Lo cierto es que en el transcurso de esas veladas sus cuerpos se acercaron y buscaron maneras para que sus pieles se fundieran más allá de las barreras que imponían el vestuario y las miradas. Ella empezó a sentarse en sus piernas, en algún descuido de los compañeros de juerga u ocultos en los resquicios de los establecimientos, las manos de Cadavid vagaron por aquellos senos y desaparecieron en el sexo de Maruja, hasta que tales contactos no fueron suficientes para ellos. Sus noches se prolongaron en algún cuarto de pensión o el mobiliario de la oficina de Cadavid fue usado como escenario para los ritos y posturas del coito.

En contraste, Irene se nos presenta menos participativa de los ritmos del establecimiento nocturno en el que se halló por las argucias de

su novio y permaneció gracias a las promesas del mismo. Ella declaró haber observado a los hombres embriagados, a las prostitutas que bebían y pegaban sus cuerpos a los de aquellos hombres, y haber contemplado los gestos endurecidos y la mirada lasciva de su novio. Pasaron varios cuartos de hora antes de que Irene, motivada por Rúa y sin saber cómo hacerlo, abandonara el refugio de su silla para bailar con él. Bajo el efecto del baile, poco a poco dejó de lado su reticencia y le permitió a Rúa unir su boca a la suya, mientras sus manos jugueteaban con sus pechos e improvisaba promesas de altares y amor.

Así avanzó aquella noche en Las camelias, y con ella la embriaguez del novio, quien, envalentonado por el licor y las reacciones de su novia, solicitó la llave de uno de los cuartos del bar, hasta donde condujo a Irene. Allí él continuó bebiendo sentado, en tanto que ella permanecía en la cama. Tras varios minutos él volvió a tentar la barrera que había derribado parcialmente en el salón. Pegó sus labios a los de ella, se situó sobre su cuerpo y para abrirse paso por su piel pronunció las palabras mágicas: “Yo la quiero y no se preocupe que me caso con usted”. Solo entonces, el cuerpo trémulo de Irene se abandonó a su suerte: ella sintió caer sus faldas, huir de sí su combinación rosada y apretó los dientes ante la violencia iniciática de su primera penetración.

Abordar procesos judiciales por estupro es discurrir por laberintos contruidos con palabras, cuyo objetivo es convencer al inquisidor; es dudar de cada juramento, pensar cada verdad como algo más ¿urgencia, mentira? no lo sé; es saber precario todo cuanto logremos pergeñar de esos folios gastados.

La lectura de los procesos le sugiere a la historiadora que escribe que, al llegar el día, las noches de estas mujeres desembocaron en el mismo extrañamiento por el desprecio de los hombres que tanto les habían prometido. Una mañana en la que Maruja quiso reafirmar en boca de Cadavid los términos (matrimoniales) de su relación, ella solo recibió una respuesta: el fin de todas las promesas, las invitaciones y los regalos. Entonces, ella debió emprender un proceso judicial contra Cadavid para recuperar eso que la mujer llamó dignidad. Pero ante la ley, todas sus acciones de disfrute y deseo se tornaron en pruebas de su experiencia en los oficios de la carne y, en consecuencia, en argumentos para

determinar que su rol en aquella historia había sido el de Eva.

Irene regresó a su casa atemorizada y sin novio. Él se marchó del cuarto y la dejó a su suerte. Frente a su abuela debió dar explicaciones, llorar y arrepentirse antes de acudir a denunciar a Rúa por estupro. La declaración de ese hombre contrasta en todos los aspectos con la versión de Irene. Rúa sostuvo que Irene lo había provocado, que tenía más edad de la que decía, que él no era su primer novio ni su primer coito, o que, en todo caso, el himen no había sido totalmente desgarrado, porque él no había completado el acto sexual. En suma, que si ella no era virgen, ese mérito le correspondía a otro.

Al oír cómo mi lector deja sobre la mesa las carpetas de ambos procesos, a la mujer que escribe le sorprende cuánto dista la semántica de las noches y del deseo, de la gramática de los días y de los juicios.

Sin embargo, y en favor de la historia, también intento pensar que las verdades inciertas de Irene y Maruja son solo eso: gramática; que sus historias de amor yacen bajo ese barniz de argumentos enseñados en las iglesias y bajo la mano castigadora de madres y padres. Pienso a veces que ambas mujeres desearon sin que la promesa de matrimonio fungiera como ábrete sésamo del placer, que eligieron libremente cada caricia, cada susurro. Lamento entonces que sus delirios nocturnos llegaran a oídos de la sociedad vigilante de la moral de aquellos días (y los discursos y las experiencias que le dieron forma a esa sociedad con gesto de dedo acusador). Imagino, sueño, que, si me fuese dado oírlas fuera de los juzgados, ambas se narrarían artífices de sus historias de amor, no víctimas de una promesa masculina. Pero en contra de la historia, he abandonado el terreno de las ciencias sociales, de las interpretaciones afincadas en la realidad. En contra de la historia, no lo sé. Irene y Maruja son vidas de las que las rutinas judiciales han extraído voces y silencios que son, quizá, los suyos. ■